

AG/348

C-160150/0272

LA VOZ DEL PÚLPITO

PARAFRASIS DEL HIMNO "SANCTORUM MERITIS,,

EN HONOR DE LOS SANTOS MÁRTIRES

Emeterio y Celedonio

Patronos de Calahorra y de la Diócesis

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

Dr. Angel Saneho Armengod

Magistral de la Catedral de Calahorra.



HUESCA

IMP. DE T. BLASCO, Á CARGO DE F. DELGADO

1900

22-1-1921



PARAFRASIS DEL HIMNO "SANCTORUM MERITIS,,

EN HONOR DE LOS SANTOS MÁRTIRES

Emeterio y Celedonio

PATRONOS DE CALAHORRA Y DE LA DIÓCESIS

*"Sanctorum meritis inclita gaudia
pangamus, socii, gesta que fortia:
gliscens fert animus promere canti-
bus victorum genus optimum. Hi
sunt quos fatue... et reliqua.*

(Hymni. ad vesp. in off. plur. mart.)

ILMO. SR.: MUY ILUSTRE SEÑOR:

Hállase hoy congregado Calahorra al pie de nuestros altares, movido á impulsos de un sentimiento profundamente religioso. Al observador menos lince no puede escapársele que viene lleno de fe, henchido de amor, con la plegaria en los labios y el corazón exuberante de finos y generosos afectos: que viene embargado de emoción, silencioso y pensativo; como en señal de que no es cosa baladí, ni de poco momento, sino al revés, trascendental é importantísima, la que aquí le tiene congregado. Y siendo yo el encargado de interpretar sus sentimientos y el cantor de sus magníficas glorias, me apresuro á deciros que viene aquí este pueblo á rendir homenaje de admiración profunda y testimonio de amor inquebrantable á la virtud, al valor y al heroísmo desplegado por dos jóvenes y simpáticos soldados de los antiguos ejércitos del César, en pro de una santa y benditísima causa.



¿Queréis que sea más explícito? ¿Queréis que descorra de un golpe los levísimos cendales que ocultan el motivo de esta función sagrada? Pues mirad allá, dirigid vuestra vista á aquellas urnas, á aquellos dos pequeños sepulcros de plata que labró la piedad de vuestros antepasados, á aquellos dos nichos de la diestra y siniestra del altar, y vuestra fe descubrirá seguramente los despojos benditos, los restos sagrados, las cenizas venerandas de los santos mártires hermanos Emeterio y Celedonio, cuya traslación celebra hoy toda la Diócesis, y cuya fiesta solemniza, entusiasmada y profundamente jubilosa, esta ciudad calagurritana.

Sí, esta es la causa de nuestra reunión, el motivo de la cita que nos hemos dado en este recinto, la razón y filosofía de estos sagrados cultos: la de honrar, alabar y bendecir, en la medida de nuestras fuerzas, á esos dos atletas de la fe, á esos dos ilustres campeones del cristianismo, á nuestros patronos amantísimos, en fin, para quienes no hay en este pueblo una sola lengua que no tenga alabanzas, ni corazón que no sienta verdadero cariño.

Sus hazañas fueron tales y de importancia tan extraordinaria, que, al recordarlas, no es extraño que este pueblo se sienta orgulloso de esa página que brilla en su historia como el sol de medio día, y que, profundamente emocionado, prorrumpe unánime en alabanzas y bendiciones hacia quienes tales recuerdos han dejado y de tamañas glorias coronaron á esta ciudad afortunada, al derramar en ella su sangre y hacer voluntario sacrificio de sus vidas en testimonio de la fe.

Al tomar yo parte en este sagrado concierto, movido por la presión dulce de mi cargo y, sobre todo, por la devoción creciente que siento por vuestros patronos, pretendo condensar toda su historia y el mé-

rito de su generoso sacrificio en un cántico eclesiástico de ritmo cadencioso y de metro irreprochable, cuya paráfrasis quiero ofreceros en este día memorable y en esta ocasión solemne, como un himno sagrado que os enfervorice y acreciente vuestra piedad y devoción. *Sanctorum meritis, inclyta gaudia pangamus socii, gesta que fortia*. Cantemos de nuestros mártires los méritos y las glorias, porque digno objeto á los cánticos ofrecen sus victorias.

Esta, que es la nota dominante del religioso himno, la alabanza, será la síntesis de mi paráfrasis.

AVE MARÍA.

Thema ut supra.

Si un movimiento espontaneo de nuestro corazón, nacido al calor de devoción ardiente, no nos hubiera traído aquí ansiosos y anhelantes de tributar testimonio de admiración á nuestros gloriosos patronos Emerico y Celedonio, y celebrar sus hazañas insignes; la Iglesia, nuestra Madre, que no deja pasar ocasión propicia de glorificar á sus santos, nos invitaría á hacerlo con aquellas palabras de su himno en el oficio común de muchos mártires: *Sanctorum meritis inclyta gaudia* etc.

Sí, señores, loemos de nuestros mártires los méritos y las glorias, porque digno objeto á los cánticos ofrecen sus victorias. ¿No sentís vosotros admiración por vuestros guerreros, por aquellos héroes antiguos que con su arrojo y valentía lograron infundir temor y espanto al ánimo varonil del grande Aníbal, y por aquellos otros que con sin igual bravura y heroísmo, sólo comparable al de Sagunto y Numancia, hicieron frente á las aguerridas huestes de Afranio, padecien-

do, durante el cerco, un hambre que, por lo horrible, ha quedado después en proverbio? ¿No tenéis vosotros frases de elogio para aquel distinguido literato Marco Flavio Quintiliano, cuya merecida fama traspasó los límites de la Península, y llegando hasta el mismo Capitolio de los Césares, le mereció la distinción honorosísima de ser requerido por el emperador Sergio Galva para dar lecciones de retórica en la capital del mundo? ¿No prorumpís vosotros en palabras de alabanza y encomio hacia aquel célebre poeta cristiano Aurelio Prudencio Clemente, cuyo nacimiento empeñadamente se disputan, aunque en vano, varias ciudades; porque esta gloria pertenece á la por tantos títulos celeberrima Calahorra, y cuyos inspiradísimos versos han merecido, en su mayor parte, la alta distinción de que la Iglesia los escogiera para sus cánticos? ¿No sentís vosotros, en fin, verdadero y legítimo orgullo por aquellos calahorranos que, como D. Pedro García, médico del rey D. Felipe III, y el P. Juan de Jesús, Carmelita descalzo, y el distinguido sacerdote D. Antonio Martínez Azagra y otros varones no menos insignes, surgidos de esta Metrópoli del valor, de la piedad y del genio, tanto renombre y fama dieron á esta ciudad con sus obras científicas, con sus virtudes ejemplares, con sus servicios eminentes prestados á la Religión y á la Patria? Pues load, también, señores, pero con más fe y entusiasmo, las glorias alcanzadas y los triunfos obtenidos por vuestros excelsos patronos. Celebrad también, pero con mayor júbilo y alegría y con mayores demostraciones de gozo, las hazañas insignes, las proezas sobresalientes, las virtudes admirables, la fortaleza invencible y el mérito extraordinario de Emeterio y Celedonio: *Sanctorum meritis*, etc. Sí, no regateéis vuestras alabanzas y loores á tan ínclitos é ilustres patricios, y sentiréis seguramente cómo se recrea vuestro espíritu, cómo

se ensancha vuestro corazón al cantar los triunfos de sus peleas: *Gliscens fert animus promere cantibus victorum genus optimum.*

Recordad, al efecto, vosotros que sabéis al pie de la letra esta historia, recordad aquellos lejanos tiempos de fines del siglo III, tan funestos para la Iglesia de Cristo, y á través de los siglos y de las generaciones encontraréis allá, en una ciudad de nuestra patria, en la ciudad de León, un santo matrimonio, el de Marcelo y Nona, que se ocupa en criar y educar en el santo temor de Dios y en los preceptos evangélicos á doce hijos, con que su unión ha sido por el cielo bendecida, como amaestrándolos y preparándolos para dar días de gloria á la Religión y á la Patria. Remontáos hasta aquellos tiempos, y entre la numerosa prole de aquellos piadosos padres encontraréis á vuestros renombrados santos Emeterio y Celedonio. Su educación se está haciendo con verdadera solidez sobre los principios de la religión cristiana, contribuyendo á ello, no sólo la solicitud de sus padres, sino también las inmejorables condiciones de carácter de que sus tiernos hijos se hallan adornados. ¿Qué no podrá esperarse de ellos con tan excelentes fundamentos? Pero no, no anticipemos los sucesos.

Dedicados más tarde á la carrera militar por ser la única que en aquellos tiempos ofrecía brillante porvenir, merced á las continuadas luchas y contiendas en que andaban empeñados los diversos pueblos de la tierra, ¿creeréis, por ventura, que al hacer la vida del soldado, tan llena de peligros para la juventud, se malearon sus espíritus, perdieron alguna santa costumbre y, abierta ya la brecha al enemigo, se precipitaron por las corrientes de perdición que las mismas leyes del imperio sancionaban? ¿Creéis que, mezclados con paganos é idólatras, volvieron las espaldas al Dios de Israel para doblar la rodilla ante Baal y ofre-

cerle el incienso de sus adoraciones? ¿Creéis que los atractivos del mundo y los halagos de las pasiones juveniles les hicieron flaquear y dar al traste con sus juramentos, sus promesas, sus propósitos y resoluciones? ¡Ah! quédese eso para los que no tienen virtud sólida y bien cimentada, quédese eso para los que no quieren sofocar los apetitos de la carne ni contradecir las concupiscencias del espíritu, para los que gustan más de los deleites pasajeros del mundo que de las delicias inefables de la virtud, para los que no tienen fe en las divinas promesas, y, á falta de otras esperanzas de que alimentarse, se atienen únicamente á lo presente, á lo del momento, á lo que ven con sus ojos y tocan con sus manos: quédese para éstos el desalentarse, el desfallecer, el sucumbir, por fin, en el camino del deber y de la virtud, el renegar de la fe de sus mayores, el apostatar de santas y saludables creencias. Nuestros santos, merced á la gracia divina, se mantuvieron siempre firmes con el mismo espíritu cristiano, con la misma entereza de carácter, con la misma norma de vida y con el mismo amor, acatamiento y servidumbre á la religión santa de sus padres.

Por eso el mundo los aborreció: *Hi sunt quos fatue mundus abhorruit*; porque el mundo aborrece á los que le desprecian, á los que miran con indiferencia sus atractivos, á los que no condescienden con sus exigencias, y, sin pagarle el tributo de admiración y amor de que cree tener perfecto é indiscutible derecho, se marchan por los derroteros que dejó delineados el celestial de la gloria: *Hunc fructu vacuum floribus aridum contemprere* etc. Por eso, y nada más que por eso, los aborreció el mundo: *Hi sunt quos* etcétera; porque el mundo aborrece á los que, vista la vanidad y mentira de todas sus cosas y promesas, le vuelven las espaldas, para seguir las huellas de

Cristo hasta conseguir imitarle: *Hunc fructu vacuum floribus aridum etc.*

Por entonces el paganismo andaba empeñado en una gran contienda y desesperada lucha; hacía algún tiempo que en el mundo había aparecido una religión nueva que, acrecentando cada día el número de sus prosélitos, amenazaba desbancarlo, arrebatándole el imperio sobre las almas; y para conservarlo, venía trabajando y luchando, por espacio de tres siglos, para oponerse al paso, desarrollo y desenvolvimiento de esa religión; trabajando y luchando, sin descanso y sin tregua, por la destrucción del cristianismo; (pues no era otro su enemigo), porque pretendía invadirlo todo y apoderarse de todo; trabajando y luchando, pero sin dar paz á la mano, por raer de la haz de la tierra á todos aquellos que no servían á su causa por estar imbuídos de *esa idea* que les hacía suspirar constantemente por una patria más feliz y bienaventurada. Persecuciones encarnizadas, cárceles horribles, suplicios espantosos, befas, escarnios, insultos y atropellos, la pérdida de los bienes, de la libertad y de los derechos individuales, potros, ruedas, parrillas, hogueras, peines, cruces y, en fin, cuantos suplicios y tormentos pudo escogitar la maldad y la tiranía combinadas, todo, todo lo puso en juego aquel infame ejecutor del infierno para ganar la victoria, para sepultar en la misma cuna á la santa causa de Cristo, á la mística esposa del Cordero inmaculado.

En aquellos tiempos calamitosos en verdad, y en tan críticas circunstancias, fué conocida y descubierta la profesión religiosa de Emeterio y Celedonio. Créese que ellos mismos hicieron ante el prefecto de León manifestación pública de su fe, deseosos de ponerse en el compromiso de verter su sangre por Aquél que por ellos y por todo el mundo la tenía derramada.

Pero sea lo que fuere, ello es lo cierto que por esta causa fueron traídos á esta ciudad entre gente armada, como dos infames facinerosos, para hacer pagar aqu bien cara su fe.

En efecto, señores; constituido el tirano en su tribunal y conducidos nuestros héroes á su presencia como reos, se les hace saber y se les notifica, en debida forma, que si no abjuran de sus ideas y queman incienso á los ídolos, pronto, muy pronto caerá sobre ellos todo el peso de la ley y sufrirán una muerte ignominiosa, precedida de suplicios espantosos. Pero nuestros Santos, con ánimo sereno y varonil, y sin acobardarse ante tan tremendas amenazas, antes bien, manifestando estar dotados de un valor y fortaleza extraordinaria, insisten en sus ideas, arrostran las iras del tirano, desprecian los tormentos y aceptan la muerte con santa alegría. *Hi pro te furias, atque minas truces calcarunt hominum; sævæque verbera*: Estos son los valientes ¡oh Señor! que por tu causa despreciaron la bárbara furia del tirano, que con potro, rueda y ecúleo les amenazaba en vano. Estos son los valientes ¡oh Señor! que, alentados por tu soplo divino y fortalecidos por tu gracia, despreciaron los suplicios y tormentos que, si tienen virtud para despedazar las carnes y aun quitar la vida, carecen ciertamente de ella para quebrantar los espíritus: *His cæssit lacerans fortiter ungula, nec carp-sit penetralia*.

Señores y hermanos míos: la causa de nuestros Santos está ya juzgada: ellos mismos han pronunciado la sentencia, y, en su virtud, la muerte aletea sobre sus proscriptas cabezas, que caerán muy pronto cortadas por el hacha del verdugo, menos compasivo que las fieras. Pudieran todavía ¡quién lo duda!, pudieran todavía retractarse y serían tomados á buena

cuenta; pudieran solicitar alguna tregua para deliberar, con objeto de ir dando largas al asunto, y les sería inmediatamente concedida; pudieran defenderse alegando la justicia y santidad de su causa, la probidad de su vida, su buen comportamiento en el ejercicio de las armas y, en fin, sus servicios prestados al imperio de los Césares para conseguir, por lo menos, que se les aminorase la pena; pero ni una sola palabra sale de sus labios, ni un suspiro de su pecho, ni una queja, ni un reproche, ni nada, en suma, que revele hallarse disgustados de su suerte y arrepentidos de haber ido tan adelante. Por el contrario, la serenidad de sus frentes, la sonrisa que se dibuja en sus semblantes, la tranquilidad de sus espíritus, su marcial continente y gentil apostura, ¿no son pruebas bien evidentes del gozo interior en que se inundan sus almas al pensar que va á sonar, por fin, la hora por ellos tan suspirada de padecer por Cristo y derramar su sangre en testimonio de la fe? ¿No son pruebas bien claras y patentes del valor y fortaleza que sienten sus espíritus para arrostrar con valentía y constancia los tormentos y la muerte? Miradlos cómo caminan al lugar del suplicio: parecen los apóstoles cuando iban gozosos á la presencia del Concilio; porque habían sido hallados dignos de padecer contumelias por el nombre de Jesús (1). Serenos y tranquilos y sin abrir su boca, como oveja que es llevada al matadero, se dejan conducir al teatro del suplicio, y cuando ya es llegado el momento y todo está al efecto preparado, sin vacilar y prestándose mútuos alientos, se postran de rodillas ante el verdugo, inclinan su cerviz bajo la espada homicida, descárgase el golpe fatal y... aquellas cabezas, momentos antes rebosantes de hermosura y de vida, se desprenden de su tronco y ruedan por el el suelo, dejando esta tierra,

(1) Act. V, 41.

que pisamos, bendecida y santificada con su sangre. *Cæduntur gladiis more bidentium: non murmur resonat, non querimonia; sed corde impavido mens bene conscia conservat patientiam*: Han dado al hierro mortífero sus cuellos como ovejas, sin hacer sonar voces tímidas ni murmurantes quejas; conservando la paciencia hasta morir sus impávidos y serenos corazones: han caído como valientes en el campo de gloriosa lucha, sin ceder siquiera un palmo de terreno al adversario: han perecido como perecen los héroes en defensa de la bendita bandera á la que tenían jurada eterna fidelidad: han sucumbido víctimas de su lealtad á las gloriosas tradiciones de los soldados de Cristo: *Cæduntur gladiis more, bidentium et cætera*.

Vosotras, riberas del Cidacos, exuberantes de belleza y lozanía, tierra bendita empapada con la sangre de los santos mártires Emeterio y Celedonio; severos y tristes sepulcros que recogisteis en vuestro seno y guardasteis por algún tiempo sus restos venerandos; sagrado recinto de esta Catedral que serviste de teatro á esta tan tremenda tragedia; recuerdos mil de aquel cruento y gloriosísimo suceso, decidnos: ¿es posible encontrar en la historia de este pueblo y país de la Rioja ni página más brillante, ni fecha más ilustre que la que en estos momentos estamos conmemorando? ¿Es posible inventar un arugmento más grandioso, sublime y adecuado para componer un gran poema épico-cristiano que legar á las generaciones venideras? ¿Es posible encontrar glorias y grandezas y hazañas que merezcan más admiración y asombro, mayores alabanzas y loores que las grandezas, hazañas y glorias que reportaron nuestros Santos? De ninguna manera. Así lo comprendieron nuestros antepasados.

Cuando sonó la hora en el reloj de los divinos con-

sejos marcada y cesaron aquellas horrendas persecuciones que diezmaban el campo cristiano y purificaban la tierra, manchada, de tantos crímenes, con la sangre de inocentes víctimas: cuando pasaron aquellos días de amargura y de quebranto para la mística esposa de Jesús y el sol de la libertad, á la Iglesia concedida, alumbró con sus rayos esplendorosos desde las galerías de las catacumbas hasta los últimos confines de la tierra, y los cristianos pudieron entregarse libremente, sin temores ni recelos, á las prácticas religiosas y sagradas; los hijos de esta ciudad, influidos por el recuerdo de sublimes ejemplos, dejados por los heroicos mártires Emeterio y Celedonio, ¿dónde están, se dijeron, los restos de aquellos que un tiempo tuvimos por escarnio y ejemplo de oprobio? Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonra. *Ecce, ecce quomodo computati sunt inter filios Dei et inter sanctos sors illorum est*: Ved, ved ahí cómo han sido computados entre los hijos de Dios y entre los santos está la suerte de ellos (1). Y atraídos por el olor delicado y suavísimo de su santidad, encontraron sus sepulcros, recogieron sus restos sagrados, los colocaron con veneración santa en unas urnas, levantaron un templo en su honor, instituyeron fiestas y solemnidades, y, al presente, ellos son la mejor prenda, grandeza y gloria que puede ostentar esta ciudad afortunada y toda la Diócesis calagurritana-calceatense, que, no en vano, está santamente envanecida de su patrocinio: *Ecce quomodo* etc.

Sí, señores y hermanos míos; contados están entre los hijos de Dios nuestros gloriosos patronos Emeterio y Celedonio; moradores son de aquellas mansiones en donde todo es paz abundante, amor que nunca se sacia, orden que jamás se altera, dicha cabal y felicidad sempiterna: ciudadanos son, en fin de aquella pa-

(1) Sap. V, 4.

tria en donde no hay llanto, ni clamor, ni dolor alguno porque las primeras cosas son pasadas (1). Allí no tienen hambre, ni sed, ni contradicciones, ni luchas, ni tormentos, porque se sacian en la muchedumbre de la paz, y se bañan en aquellos torrentes de luz esplendorosa y radiante, y beben en el piélago inmenso de las delicias divinas, y su vida es un perpetuo arrobamiento, causado por la hermosura de la casa del Señor y... Pero, señores, *quæ vox, quæ poterit lingua retexere, quæ tu martyribus munera præparas?* No, no hay lengua, no hay palabras, no hay elocuencia humana que sea capaz de pintar aquel edén, aquella patria feliz, donde nuestros santos viven y reinan gloriosos eternamente. No, no hay lengua, no hay palabras, no hay elocuencia humana capaz de describir aquellas mansiones eternas, donde lo es todo el Rey inmortal de la gloria. Sólo os diré que por haber ido allí nuestros Santos á través de grandes tribulaciones, llevando lavadas sus estolas en la sangre del Cordero, ostentan en sus manos y cabeza la palma y la corona de los mártires: *Rubri nam fluido sanguine fulgidis cingunt tempora laureis.*

Señores, no parece conforme que abuse hoy de vuestra prudencia, y voy á terminar esta desaliñada paráfrasis con la deprecación contenida en la última estrofa del religioso himno.

Sí, ¡oh Dios mío! lo que hemos oído y estamos viendo es de tal naturaleza, que nos tiene verdaderamente asombrados. Las virtudes de vuestros Santos Emeterio y Celedonio son tan notables y tan extraordinario su mérito, que á la satisfacción de alabarles y bendecirles queremos añadir también el deseo de imitarles: por eso os pedimos, *te, summa o Deitas magna, poscimus*, que purifiquéis nuestras conciencias con vuestro purísimo soplo, que perdonéis nues-

(1) Apoc. XXI, 4.

tros extravíos con vuestra gran misericordia, que apartéis de nosotros los motivos de divisiones y contiendas, concediéndonos paz verdadera y abundante, *ut culpas abigas, noxia subtrahas, des pacem famulis*, para que en unánime concierto cantemos alabanzas á Vos y á vuestros Santos por los siglos de los siglos. *Amén. Ut tibi gloriam annorum in seriem canant. Amen.*









